

¿Por qué de esta manera
 Me haceis soñar placer?
 ¡Oh! si acaso durara
 Este engañoso fuego.....
 Pero huye, y queda luego
 Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
 En lágrimas desecho,
 Y en tanto de tu pecho
 Otro el amor tendrá.....

Más ¿yo creerte inconstante?
 Perdona, Amira hermosa;
 Puro como la rosa
 Tu corazón será.

Pero llegó el momento,
 Se acerca la partida.....
 ¡Adiós, mi bien, mi vida!
 ¡Mi adoración, adiós!
 No temas que te olvide,
 Jamás, Amira amada;
 Tu imagen retratada
 Irá en mi corazón.

1826.

VICENTE RIVA PALACIO.

LORENCILLO.

EPISODIO HISTÓRICO.—AÑO DE 1683.

Dadme vuestra atención, y de mis labios
 Escuchad la leyenda lastimosa
 Del siglo diez y siete recogida
 En las páginas negras de la historia.



Serena está la noche: sólo turba
 El solemne silencio de sus horas,
 El ronco mar, en la tendida playa
 Con sonoro rumor rompe sus olas.
 Los rayos de la luna cabrillean
 Al resbalar en las movibles ondas,
 Y en apacible claridad se baña
 La hirviente espuma en la lejana roca.
 Como triste sudario, se dibujan

Los pardos arenales de la costa,
 Y alzándose en el fondo de los cielos
 De la montaña la gigante sombra.
 Allí está Veracruz. En esa noche
 En dulce calma y sin temor reposa.
 Ni una luz en sus calles ni en sus plazas,
 Ni en el castillo que su mar custodia;
 Ni el grito del alerta centinela,
 Ni el rumor de los pasos de la ronda:
 Muda está la campana que denuncia
 La henchida vela, que llegando asoma,
 Y desierta la torre en que el vigía
 Los horizontes de la mar explora.
 Todo descansa en la ciudad que duerme,
 Arrullando su sueño rumorosas
 Las aguas del Atlántico que llegan
 Y la muralla sin descanso azotan.



Mas de repente, sobre el limpio cielo
 Que en matiz de turquesa se colora,
 Allá por el Oriente se perfila
 Como fantasma erguido, silenciosa,
 Deslizándose rápida en las aguas,
 Una potente nave; y después otra
 Y otras que van tras ella, dirigiendo
 Hacia la playa la tajante prora
 No despegan al viento sus banderas,
 Ningún farol en la cubierta asoma,
 Alumbrando á la chusma diligente
 Que el alto bordo del bajel corona.

Once las naves són, y todas ellas
 Entre el ruido que del agua brota
 Arrojan en el fondo del abismo
 Las oxidadas anclas ponderosas;
 Suenan el silbato y con presteza arrian
 Los marineros las tendidas lonas,
 Quedando la tupida arboladura
 Como el bosque privado de sus hojas.
 Ya descienden los botes, ya la escala
 Flexible se desprende de la borda,
 Y en ruda confusión se precipita
 De los bajeles la revuelta tropa;
 Y se empujan, se estrechan y se oprimen,
 Resonando las armas que se chocan
 Cuando al tocar en los ligeros botes
 Unos sobre otros sin temor se arrojan.
 Cada vez que las lanchas tan cargadas
 Están que torpes con peligro flotan,
 Del buque se desprenden, y á la tierra
 Llegan, dejan la gente, y luego tornan
 Nueva carga á buscar, sin que el cansancio
 Retarde ó interrumpa la maniobra.
 ¡Cuanta gente en la arena! ¡Cómo brillan
 Las armas por do quier! ¡Qué presurosa
 Aquella hirviente muchedumbre acude
 A la primer señal que la convoca!
 ¡Cuán extraño conjunto! ¡Cuántas razas!
 ¡Qué confusión de trajes y de idiomas!
 Vienen allí siguiendo á los franceses
 Que el nombre de su rey fieros invocan,
 Y áurea la flor de lis muestran bordada

En su bandera, que á los aires flota,
 Negros, indios, mestizos y mulatos
 Prófugos de las islas. Y de Europa
 Ingleses, y flamencos y españoles,
 Cuya negra traición su faz pregona.
 Altivos acaudillan esa chusma
 Nicolás de Agramont; y el de faz torva
 Lorenzo Jaquemin, audaz pirata,
 Del que guardan tristísima memoria
 Las costas de Campeche y las de Honduras
 Y el comercio de Cuba y la Española,
 Y es terror de soldados y marinos
 Que ván de Nueva España con la flota.
 Se dice que en sus venas sangre lleva
 De la africana gente rencorosa;
 Sabe el vulgo sus bárbaras hazañas
 Pero su patria y apellido ignora,
 Y así por "Lorencillo" le conocen
 Desde el monarca hasta la plebe tosea.
 Pero cesa el rumor, y aquella turba
 Se pone en marcha. Lenta, misteriosa
 Avanza la columna, y se desliza
 Sobre la arena, cual gigante boa
 Que hambriento va buscando cauteloso
 La descuidada presa entre las sombras.

* * *

Tal, como á veces, la tormenta airada
 Rauda turbando la tranquila zona
 Al fiero impulso de huracán violento
 Llega, se extiende, crece, el cielo entolda,

Engendra el rayo, ruge con el trueno,
 El relámpago nace de su sombra,
 Estremece la tierra, el bosque abate
 Y en torrentes de lluvia se desploma,
 No de otro modo la ciudad dormida
 Apenas llega la apacible aurora,
 Repentino rumor se alza en las calles
 Y crece atronador, como si rotas
 Las murallas que enfrenan de los mares
 El ímpetu soberbio, negras olas
 Chocando con estrépito llegaran
 En catarata hirviente y bramadora.
 ¡Son los piratas! Quejas y lamentos
 Y disparos y golpes, y rabiosa,
 Ronca y aterradora gritería
 Anuncian el asalto, nada estorba
 La sangrienta invasión, nadie resiste;
 A la sorpresa sigue la congoja
 Que ni la fuga misma se concibe
 Esperanza brindando salvadora;
 Paga allí con la vida su imprudente
 Curiosidad quien á la calle asoma,
 Y temblando en el fondo de sus casas
 Aguardan todos en mortal zozobra
 El instante supremo en que el pirata,
 De honor, riqueza y libertad disponga.
 ¡Qué terrible pillaje! ¡Con qué estruendo
 Se abren las duras puertas que destrazan
 El hacha y el martillo! Aquella turba
 En nada se detiene, no perdona,
 Del lecho arranca al viejo miserable,

Al triste enfermo, á la doncella hermosa,
Al niño, al religioso, al artesano,
A la esclava infeliz ó á la matrona.

* * *

En torpe confusión, casi desnudos,
Trémulos de pavor, entre las sombras
Van en grupos llegando los cautivos
Al templo principal de la parroquia.
Más de seis mil encierra, y ya no puede
De aquel templo la nave estrecha y corta
Tanta gente guardar, falta el espacio,
Y en horrible opresión allí se forma
Una compacta masa, en la que apenas
Pueden al pecho las abiertas bocas
Llevar el aire que á la vida falta
En medio de un ambiente que sofoca.
Y va creciendo la mortal angustia,
Se prolonga el martirio y se prolonga,
Y á los rayos del sol que ardiente sube
Se deierta la sed abrasadora.
Fétida, densa, inmóvil, asfixiante
La corrompida atmósfera, se torna
En rápido veneno, que la muerte
Siembra doquier horrible y pavorosa.
Delirando de angustia, desoladas,
Sin un amigo que su mal socorra,
Miran las madres á sus tiernos hijos
En sus brazos morir; y en vano imploran
Piedad y compasión, porque sus quejas
Gritos de rabia y de dolor ahogan.

Se escucha el estertor de la agonía
Del que espira de sed; seca y nerviosa
Resuena la estridente carcajada
Del que convulso y loco se desploma;
La horrible maldición y la blasfemia
Se unen á la oración conmovedora,
Y se mezcla el gemir de la desdicha
Con el rugido que el rencor aborta.
Allí recibe la desnuda planta
El caliente cadáver por alfombra,
Y sobre el cuerpo del anciano padre
Helada de terror la hija se posa.
Y llegan sin cesar grupos y grupos
De aventureros, que en el templo asoman
Registrando con lúbrica mirada
Las mal cubiertas ó desnudas formas
Que las mujeres ocultar procuran
Con los girones de la escasa ropa,
Y la sangrienta mano del soldado
Arrastra á la doncella ó á la esposa,
Y la salvaje sed de sus pasiones
Sacia brutal, y Juego las arroja
A la infesta prisión, agonizantes
Bajo el peso fatal de la deshonra.

* * *

Ruego y súplica y llanto, á mover llegan
De Lorencillo el corazón de roca,
Y de agua y pan permite que á los presos
Se les lleve ración mezquina y corta.
Como lobos hambrientos que se lanzan

Sobre la débil presa, y la devoran,
 Y con creciente rabia se acometen
 Y unos con otros fieros se destrozan,
 Así la iglesia, en que oprimidos gimen
 Los cautivos, de súbito se torna
 En campo de batalla. Jadeantes,
 Rugiendo de furor, convulsa y hosca
 La demacrada faz, todos se ultrajan
 Por apropiarse la escudilla rota,
 El toscó vaso, la ánfora pesada
 Que al templo llevan, en desnuda tropa
 Pobres niños, temblando de fatiga
 Desde lejana fuente, y que provocan
 Luchas, combates, golpes, maldiciones
 Y salvajes escenas, porque ahogan
 Amistades, amor, vergüenza y miedo,
 El horror á la muerte y la congoja,
 La horrible sed que las entrañas quema
 Y el hambre con sus garras opresoras.
 Y no son ya lamentos ó gemidos
 Los que desprenden las humanas bocas:
 Son el rugir del tigre, que estremece,
 Aullidos de chacal que se prolongan,
 Gritos de extrañas y enconadas fieras
 Y silbos de serpientes venenosas.



Espléndido botin, con su riqueza
 De los piratas el afán corona
 Excediendo en valor á cuanto pudo
 Ambicionar la turba codiciosa.

Oro y plata en monedas y en vajillas
 Y en pesados lingotes, ricas joyas,
 Soberbias telas y valiosos muebles
 En las calles y plazas se amontonan,
 Porque es tanto el botin, que su presencia
 A la perdida gente no provoca,
 Pues no ambiciona la común fortuna
 El que más que soñó tiene en la propia.



Ya tres veces el sol cruzado había
 Por el claro zenit, cuando afanosa
 A preparar comienzan los piratas
 Del anhelado embarque la maniobra.
 Es inmensa la carga. Los bajeles
 Que ya la esperan en lejana costa
 Se distinguen apenas, y es preciso
 Que se transporte la riqueza toda.
 De los presos entonces manda el jefe
 Servirse en la fatiga, y nada importa
 Si la estrecha prisión y el sufrimiento
 El alma turban y la fuerza agotan.
 Cual siniestro cortejo de fantasmas
 Que de una cripta abandonada brotan
 Por el conjuro mágico evocadas,
 Y los sepulcros se abren y las fosas
 Lanzan de sus entrañas conmovidas
 Huesos desnudos ó desnudas momias,
 Escuálidos, convulsos, vacilantes,
 Hirsuto el pelo, la mirada torva
 Como el que va á morir, no con el gozo

De quien amada libertad recobra,
 Van del templo saliendo los cautivos
 Entre las filas de enemiga tropa.
 Y muchas veces, el doliente rostro
 A la prisión terrible que abandonan
 Vuelven hijas y madres, pues en ella
 De algún perdido sér á quien adoran
 Yace el cadáver insepulto, y queda
 En soledad horrenda y espantosa.
 Nunca cordón de hormigas diligentes,
 En asiduo trabajo, hora tras hora
 Del henchido granero, la semilla
 A las trojes llevó de su colonia
 Como aquellos cautivos, sin descanso
 Hasta las playas el botin trasportan,
 Activando su marcha fieros golpes,
 Rudos denuestos y sangrienta mofa.
 Unos caminan lentos, tropezando
 Bajo el peso que duro les agobia;
 Otros ruedan por tierra, y ya no pueden
 Volverse á levantar, y aquella horda
 Les arranca suspiro postrimero
 Burlando su dolor y su congoja.
 Cuando el último fardo sube al buque
 Llevan las lanchas á la gente toda,
 Y juntos prisioneros y piratas
 Las mexicanas playas abandonan.

Ya las turgentes velas, desplegadas
 Al blando impulso del terral que sopla,

Hacen gemir la recia arboladura;
 Crugen las naves y en las verdes olas
 Abre la quilla movedido zurco
 Que en argentada estela se trasforma.
 Ya se aleja la esenadra lentamente
 Como banda de cisnes, que orgullosa
 Las níveas alas á la luz tendiendo
 Del manso lago los cristales corta.
 Pero ¡ay! ;qué cuadro de tristeza y luto
 En la ciudad desierta y pavorosa!
 Gime el viento en las casas solitarias
 Atravesando por las puertas rotas,
 Y en la plaza, en la calle y en el templo
 Corrompidos cadáveres devoran
 Hambrientos perros y aves repugnantes
 En odioso festín que nadie estorba.
 ¡Qué terrible infortunio! Cuán inmensa
 Calamidad, sembrando en pocas horas
 Muerte, desolación, miseria y llanto
 En aquella ciudad rica y dichosa.
 Cuantos caudales, frutos del trabajo
 De largos años y constancia proba
 Se deshacen ligeros cual la niebla
 Que el bosque guarda al despuntar la aurora.
 Cuantas nobles virtudes, defendidas
 Entre mundanas luchas, cuantas honras
 Por femeniles pechos conservadas
 En virginal candor y á dura costa,
 Resistiendo al amor, á la riqueza
 Y á trueque á veces de la dicha propia,
 En cieno inmundo profanado arrastran

Con lascivas caricias espantosas,
 Ebrios de vino y de pasión rugientes,
 Torpes bandidos que á terror provocan,
 Cuantos niños ayer acariciados
 En la orfandad y servidumbre lloran,
 Y en tanto, presas de mortal angustia
 Las madres sin ventura, entre la tropa
 Y víctimas de duros tratamientos,
 Desde el fondo del alma los evocan.
 Y sigue el padecer. De la desgracia
 La funesta medida no se colma,
 Y las naves piráticas, huyendo
 De Veracruz, se acercan á la costa
 Y en un islote triste y solitario
 A consumir sus crímenes aportan.
 Como espantado el buitre carnicero
 Cuando su presa con placer devora,
 Alza el vuelo llevando entre sus garras
 Los restos palpitantes, y se posa
 A seguir insaciable en su tarea
 En el crestón de inaccesible roca.
 Los piratas exigen el rescate
 A sus tristes cautivos, y se enconan
 Su zafia y su codicia, y once dias
 En el desierto islote, entre zozobras
 Y tormentos sin nombre, le retienen
 Hasta que el precio señalado logran,
 Y entonces sin piedad leván las anclas
 Y á su suerte fatal los abandonan.



Como llegó la escuadra, así se aleja
 Y así se pierde entre la oscura sombra;
 Impune queda tan horrendo crimen,
 Y sólo se levanta vengadora
 De Lorencillo al repetir el nombre
 La maldición eterna de la historia.

México, 1886.

JUAN DE DIOS PEZA.

EL CULTO DEL ABUELO.

Señorona pequeñita,
mi hechicera Margarita
ven aquí;
mírame ¿no estás oyendo
que en la sala están diciendo
que te pareces á mí.....?

¿Y en qué será? son tus ojos
dos luceros, y tus rojos
labios, son
frescos, lucientes y puros
como los guindos maduros
del otoño en la estación.

¿Será en la color? tu tienes

de armiño y seda las sienes;
rubia es
tu abundosa cabellera,
tus manos como de cera
y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio,
triste y lleno de misterio
siempre estoy
y tú, amable, y halagüeña
y cariñosa y risueña
en tu inocencia eres hoy.

¿En que pues nos parecemos?
en los rostros no tenemos,
nada igual
y en las almas ¡qué ironía!
junto á la tuya es la mía
el carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos
los dos y que alimentamos
al vivir
es un amor, es un culto
en nuestras almas oculto,
que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo

á quien Dios tenga en el cielo
 en tí vió,
 un reflejo de aquel niño
 que al ser padre, su cariño
 á su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
 y recordaba al mirarte
 cada vez,
 las dichas encantadoras
 que tuvo en todas las horas
 fugaces de mi niñez.

Y exclamaba: ¡pobrecita!
 tan buena mi Margarita
 ¡que placer!
 y mirándote perplejo
 murmuraba: ¡Estoy tan viejo
 que no la veré crecer!

Y se murió: si te viera
 tan crecida ¿qué dijera?
 de tí en pós
 andar ágil le vería.....
 ¿no recuerdas, hija mía,
 cuando ibais juntos los dos?

¡Juntos oriente y ocaso!

el marchaba paso á paso
 tras de tí.....
 y tú lanzabas un grito:
 corre.....alcánzame abuelito
 más aprisa.....más.....así!

Me parece que lo escucho:
 ¿te acuerdas? ¿lo quieres mucho?
 ¿es fiel
 tu memoria y no le olvida?
 ¿cada noche, hija querida
 le pides á Dios por él?

Mucho los dos le queremos
 y en esto nos parecemos:
 ¿no es verdad?
 iguales somos en eso,
 muy iguales.....dame un beso,
 que suene en la eternidad.

Santo beso que no acaba
 como aquellos que te daba.....
 llegue á Dios,
 nuestro llanto y nuestro duelo:
 para llorar por tu abuelo.
 somos iguales los dos.

Repítele á tus hermanos

los nobles consejos, sanos
 que le oí.....
 y llóralo en todas veces
 que al llorarlo te pareces
 te pareces mucho á mí.

GUSTAVO A. BAZ.

EL ABRAZO DE ACATEMPAM.

Despejado el horizonte
 Desde el valle hasta la Sierra,
 Y de caléndulas rojas
 Revestida la pradera,
 Van los mansos arroyuelos
 Quebrándose entre las peñas,
 Y cantan enamorados
 Los pájaros de la selva,
 Todo anuncia que renace
 Otra vez naturaleza,
 Bajo el bienhechor influjo
 De la dulce primavera.
 Aspirando los perfumes
 De los bosques y florestas,
 Y alumbradas por los rayos
 De una mañana serena.

Véense dos huestes distintas
 En apostura guerrera,
 Y cuyas armas desnudas
 Los rayos del sol reflejan.
 Un alegre vocerío
 Acá y acullá se eleva,
 Mientras repican sonoras
 Las campanas de una iglesia;
 Y los nombres de Guerrero
 Y de Iturbide resuenan
 Entre los grupos, unidos
 A la voz de Independencia;
 Pero luego entre las filas
 Silencio imponente reina,
 Mientras para hablar á solas
 Los dos caudillos se acercan.
 Tiene el uno alta la frente,
 Quemada la tez morena,
 Y su condición humilde
 En su traje se revela.
 Entorchados y galones
 Y cruces el otro ostenta;
 Insinuante es su palabra,
 Distinguidas sus maneras,
 Y antes de darle la mano
 Así hablándole comienza:
 —Si en época ya pasada
 Para la patria funesta,
 Empuñé torpe y culpable

Del tirano la bandera,
 Y fué mi invencible espada
 De los verdugos defensa,
 Para arrancar de mi historia
 Esas páginas sangrientas,
 Y borrar como soldado
 De mi frente la vergüenza,
 Permitid que á vuestras plantas
 Mi vida á la patria ofrezca,
 Hoy que sigo los impulsos
 De la voz de mi conciencia.
 —Coronel, le dice el héroe
 Con voz, si apacible, entera:
 Si otro tiempo vuestra espada
 Fué á nuestra causa funesta,
 Y vuestro arrojo indomable
 Semejante al de las fieras,
 Llenó á la patria de luto
 Y remachó sus cadenas,
 Hoy en pago de la sangre
 Que derramó vuestra diestra,
 De libertar á la patria
 Haced la noble promesa
 Sobre mi pecho, en mis brazos
 Que anhelantes os esperan;
 Y me vereis que siguiendo
 Vuestra triunfadora enseña,
 Como el último soldado
 Busco la muerte en la guerra;

Que no mando ni oropeles
 Mi pecho indomable anhela,
 Sino morir do se luche
 Por la santa Independencia.—

Al escuchar sus palabras
 Vivo ejemplo de nobleza,
 Los libres y los realistas
 Olvidando sus querellas
 Y sus pasados rencores,
 Con santa efusión se estrechan.

Aquellos héroes audaces,
 Tras una lucha sangrienta
 Lograron romper por siempre
 De esclavitud las cadenas,
 Pero en su patria mas tarde,
 Un cadalso en recompensa
 De sus servicios, hallaron
 Al final de su carrera.

MANUEL CARPIO.

MEXICO EN 1847.

¡Quién me diera las alas de paloma
 Para cruzar los montes y los ríos,
 Los mares nebulosos y bravios
 Y llegar hasta el lago de Sodoma!

Quiero sentarme al pié de una columna
 De la famosa y trágica Palmira,
 Y allí entre escombros que el viajero admira
 Quiero llorar al rayo de la luna.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
 Y la arena del bárbaro desierto,
 Y andar vagando con destino incierto
 Y allá ocultar mi llanto y mi sourojo.

Yo ví en las manos de la patria mia
 Verdes laureles, palmas triunfadoras,
 Y brillante con glorias seductoras
 Yo la ví rebosar en alegría.

Yo ví á las grandes é ínclitas naciones
 En un tiempo feliz llamarla amiga,
 Y ella, depuesta el asta y la loriga,
 A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
 Desde el palacio hasta la humilde choza:
 Bárbara guerra todo lo destroza,
 Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
 Sin piedad se degüellan los hermanos,
 Y alzan al cielo pálidas las manos,
 Manos en sangre fraternal bañadas.

¿Cual es el campo que la guerra impía
 Una vez y otra vez no ha ensangrentado?
 ¿Y cual de las montañas no ha temblado
 Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
 No han visto los más bárbaros estragos?
 ¿Donde están los arroyos y las lagos
 Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
 Llenó de humo los templos ofendidos;
 Y cánticos, y lloros, y gemidos
 Sonaron en el lígubre Santuario.

En vano todo: el indignado cielo
 Á México en su angustia desampara,
 Y el terrible Jehová vuelve la cara
 A los pueblos sencillos de otro sielo.

En tanto se levanta pavorosa
 Allá en el Aquilón negra tormenta,
 Y en la abatida México revienta
 Y rayos mil y mil lanza estruendosa.

Yo ví del Norte carros polvorosos
 Y ví grandes caballos y cañones,
 Y ví los formidables batallones,
 Tomar trincheras y saltar los fosos.

En las calles de México desiertas
 Ví correr los soldados extranjeros,
 Ví relumbrar sus fúlgidos aceros,
 Y ví las gentes pálidas y yertas.

Y ví tambien verter la sangre roja,
 Y oí silbar las balas y granadas,
 Y ví temblar las gentes humilladas,
 Y ví tambien su llanto y su congoja.

Llorad, hijas de México dolientes,
 En las tristes orillas de los ríos,
 Y bajo de los árboles sombríos
 Al estruendo gemid de los torrentes.

Todo en la vida á llanto nos provoca;
 Gemid pues en los campos y ciudades,
 Cual gime en las profundas soledades
 El ave solitaria de la roca.

Quitad del cuello el oro y los diamantes
 Y de luto tristísimo vestíos;
 ¿Por qué ostentar ni galas ni atavíos
 En tiempos congojosos y humillantes?

Es hora de llorar, huya la risa
De vuestros labios rojos é inocentes;
Estampad en el polvo vuestras frentes,
En ese polvo que el Normando pisa.

Yo tambien lloraré tantos pesares
Y al enojado cielo haré plegarias,
En medio de las noches solitarias
En las remotas playas de los mares.

Esas mismas naciones que algún día
Con rosas coronaron tu cabeza,
Hoy te burlan ¡oh patria! con vileza
Y todas te escarnecen á porfía.

“¿Como es, dicen soberbias, que humillada
“Sin trono está la reina de Occidente?
“¿Quién la diadema le arrancó á su frente?
“¿En dónde está su formidable espada?

“Sus hijos sin pudor y afeminados
“Se espantan del cañón al estallido,
“Y de las balas al fugaz silbido,
“Huyen sus capitanes y soldados.

“¿En donde está su orgullo y su ardimiento?
“Sus laureles ¿en dónde y sus hazañas?
“Son como viles y quebradas cañas
“Que abate el soplo de un ligero viento.”

Así nos burla el galo en su algazara
Y olvida á Roncesvalles y Pavía,
San Quintín y Bailén, cuando debía
Con ambas manos ocultar su cara.

Otros burlan tambien nuestros errores;
Abran su historia y cállense sus labios:
No volvamos agravios por agravios:
Que nos dejen llorar nuestros dolores.

Feliz ¡ay! muy feliz el mexicano
Que al golpe de mortífera metralla
Ha espirado en el campo de batalla,
Antes de ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
Vivir entre escorpiones y serpientes,
Que mirar humilladas nuestras frentes
A fuerza de reveses y derrotas.

Más pise yo la patagonia playa
O ya escuche del Niágara el estruendo,
Ya los helados Alpes esté viendo
O contemple el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ¡oh patria mía!
Siempre estarás presente en mi memoria;
¿Como olvidar tu congojosa historia?
¿Como olvidar tu llanto y agonía?

Antes del sauce nacerá la rosa,
Y crecerán las palmas en los mares,
Que me llegue á olvidar de mis hogares,
Que te pueda olvidar, México hermosa.

¡Roma, patria de Curios y Cantones!
Compadezco tu suerte lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Los viles é insolentes pretorianos
 Desgarraron tus leyes con la espada,
 La toga veneranda fué pisada
 Mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infelz! sin Curios ni Cantones,
 Ha sido tu destino lamentable:
 Leyes te dieron con sangriento sable
 Del Norte los terribles batallones.

Tú también has sufrido mil tiranos
 Que pisaron las leyes y la toga,
 Y que apretaron con sangrienta sogá
 Tu cuello tierno y tus causadas manos.

Mas basta ya. Quiero alas de paloma
 Para cruzar los montes y los ríos,
 Los mares nebulosos y bravíos,
 Y llegar hasta el lago de Sodoína.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
 Y la arena del bárbaro desierto,
 Y andar vagando con destino incierto
 Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

FRANCISCO ZARCO.

A UNA NIÑA.

De tu madre heredaste la hermosura,
 De su mejilla la purpúrea rosa,
 Su nítida mirada luminosa,
 Que las almas inunda de ternura.

¡Ojalá! seas como tu madre, pura,
 Sublime, delicada, generosa,
 Y heredes su virtud esplendorosa
 Y no pruebes jamás su desventura.

Tu misión es de paz y de consuelo;
 Para alivio de su alma dolorida,
 Angel de amores, te formara el cielo.

Suspirando te llama: *Hija querida.*
 Amala siempre con ferviente anhelo;
 ¡Ojalá endulces con tu amor su vida!

Julio de 1854.

PANTALEON TOVAR.**A UNA NIÑA****LLORANDO POR UNAS FLORES.**

Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores;
Y mil gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian con un velo?.....

Quien te hace padecer insulta al cielo!...
Por qué lloras?.....Qué anhelas?.....Quieres
flores?.....

Pues yo te las daré; pero no llores!.....
No llores alma mía; y si en el suelo

No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida;
Si no hay en él quien abrazarte pueda,

Ven á mi seno; y beberé, mi vida,
Esa lágrima tierna que se queda
De tus húmedos párpados prendida.

MARIANO SANCHEZ.**(FRAGMENTO DE UN DRAMA.)**

En esa pobre flor, mi adiós te envío,
bésala siempre con cariño santo,
porque ella en vez de matinal rocío
lleva unas gotas de mi acerbo llanto.

Es la sencilla virginal violeta,
que tú en mi trenza colocaste un día
y como al pecho la llevé sujeta
su tempestuoso palpitar oía.

Ella tan sólo comprendió el martirio
del corazón que sucumbió indefenso,
cuando en mis horas de tenaz delirio
le oyó gemir en su dolor inmenso.

Ella es emblema de un amor profundo
que abrió las alas y emprendió su vuelo

dejando el negro lodazal del mundo
para tocar con su grandeza el cielo.

Adiós Eduardo, tras mi dicha trunca
está la luz del esplendente faro;
allí no acaban los placeres nunca,
allá te espera tu infeliz—Amparo.

MARIANO SUAREZ

JOSE GONZALEZ DE LA TORRE.

LA DICHA.

Soñaba yo que de sufrir ajeno
Y colmado de honores y riqueza,
Socorriendo feliz á la pobreza
Miraba un porvenir grato y sereno.

De mi amor reclinado sobre el seno,
Dichoso contemplando su belleza,
Un solo beso lleno de pureza,
Colmaba mi ambición de amores lleno.

Más ¡ay! que desperté, y en tristecido,
Al verme sin amor y sin fortuna
Y sin gozar el alma de reposo,

Sollozando exclamé: Sin duda alguna
No hay placer en el mundo tan cumplido,
Solo en sueño se puede ser dichoso.

JUAN ANTONIO VARGAS. *

EN LA ULTIMA PAGINA
DEL QUIJOTE.

No ha muerto Don Quijote; se pasea
Adarga el brazo, por la historia humana,
Aún vive Sancho entre la gente llana
Y asoma en cada sueño Dulcinéa.

Aún rompe lanzas en tenaz pelea
Con la austera verdad la ilusión vana;
Se suspira por la ínsula lejana
Y un amor imposible se desea.

Aún va la humanidad en su quebranto,
Mezclando en el camino de su vida
Con las risas homéricas el llanto;

Aun tiene, en su inquietud y en su reposo:
El honor en un sitio que se olvida
Y la felicidad en el Toboso.

* Pseudónimo con el cual escribieron una serie de sonetos los Sres. Agustín F. Cuenca y Juan de D. Peza.

JOAQUIN TELLEZ.

A UN RAMO DE FLORES.

Por ese ramo de fragantes flores
Que ostentas, niña, en tu preciosa mano,
Las perlas diera yo del Océano
Si mas precio no hubiesen tus favores.

Los mas tiernos y dulces amadores
Al verlo tan hermoso y tan galano,
Suspiran ¡ay! y suspirando en vano
Por él los dejas consumir de amores.

Niña de azules ojos como el cielo,
Si poseyese gloria, poderío,
Y cuantos bienes hay en este suelo,

En amoroso, ciego desvarío
Los pusiera á tus piés con dulce anhelo,
Si pudiese exclamar: "El ramo es mío."

MARCOS ARRONIZ.

A LAS FLORES.

Flores las del pensil esplendorosas,
Que al dulce murmurar de las corrientes
Brotáis de las corolas inocentes
Nítida miel y esencias deleitosas;

¿Por qué llegan las horas calurosas,
A secar vuestras hojas relucientes,
Y del viento á los soplos inclementes
Rodáis por las llanuras espaciosas.....?

¡Ay! flores, por mi bien solo buscadas
En esta grata soledad umbría,
Y al fin para mis males encontradas,

Que al veros ya sin pompa y lozanía,
Recordando sus glorias eclipsadas,
Con lágrimas os baña el alma mía.

JOSE ROSAS MORENO.

EL TRABAJO.

Fatigado de estudiar
Fué Adolfo al jardín un día,
Y exclamó con alegría:
—Hoy no quiero trabajar.

Tendido aquí, sin temores
Hablaré de muchas cosas
con esas hermosas flores.
—No, le dijeron las flores:

En tanto que el libro dejas,
Y al estudio eres infiel,
Nosotras formamos miel
Que han de libar las abejas.

—Venid abejas conmigo,
Dijo Adolfo: ellas le oyeron;
—No podemos, le dijeron;
Gracias, mil gracias, amigo.